

Ángel Sánchez Gozalbo

Científico y humanista de gran curiosidad

En el libro *Las calles de Castellón*, de José Luis Gimeno, se informa que el 27 de noviembre de 1978 se nominó como de Ángel Sánchez Gozalbo el espacio de nueva creación, situado entre la calle de Gracia y el pasaje de San Agustín, en el distrito 2, sección 1 del callejero. Don Ángel disfrutó casi nueve años de su plaza.

El martes, día 10 de marzo de 1987, en el momento de su entierro recordaba yo con emoción lo que don Ángel había significado para todos. Sentado en el banco de la iglesia de la Trinidad junto a **Jaime Nos**, ambos nos vimos envueltos por un ambiente recogido, pero triste y muy frío, sin oropeles ni solemnidades, cuando dentro de la severa caja estaba ya definitivamente quien tanto había hecho por Castellón, con cuánto amor.

—No me gustaría que me pusieran ningún epitafio —me había dicho semanas antes—. Es preferible que el día de mañana alguien encuentre alguno de mis libros y que lo lea; sobre todo que lo lea.

“ROTLLO I CANYA” Y EL PREGÓ

En torno a las efemérides magdalenera de 1945 —su única hija, Isabel, fue la primera Dama de la Ciudad—, su casa de la calle Vera fue lugar de peregrinación. **Manolo Segarra** se acercaba para exponer el derroche de fantasías que harían de su Pregó el más fastuoso de España. Don Ángel asentía, corregía, imponía o simplemente sonreía y estimulaba el entusiasmo del farmacéutico, al igual que ocurrió con el bando anunciador en castellano de su gran amigo **Carlos Espresati**, al que convenció para que dejara aparecer deslumbrantes los versos de **Bernat Artola**, en valenciano, que hoy celebramos todos: “L’alcalde de la Ciutat i terme de Castelló...”

Y un día apareció **Pepito García** con las pautas musicales que habían de convertirse en el *Rotllo i Canya*. Con la partitura en sus manos, don Ángel empezó a recitar canturreando unos versos nuevos, experiencia de viejos saberes: “Anem, anem seguint tots a la processó...” Y después “mon pare no té nas, ma mare es xata...”.

Gran contribución también a la Magdalena con sus estudios sobre el *Castell Vell* y *La Ermita y sus tierras circundantes*, así como sus eruditos textos para los primeros especiales de *Mediterráneo*.

Yo también gocé de su ayuda en mis primeros programas de la radiofónica

Gayata, pero lo que yo buscaba en aquella casa de la calle Vera era la conformidad para reeditar su libro *Bolanger de Dimonis*, que contiene *L'ocell arqueòleg*, un mágico cuento literario de dimensión universal, sintetizando en la vida de un pajarito todo un hermoso suspiro de amor y de libertad.

LA VIDA

Ángel Sánchez Gozalbo nació en Castellón el 13 de febrero de 1894. Alumno de los Escolapios tuvo como compañero a **Luis Revest**, su amigo.

—Luis fue muy inquieto de pequeño y cuentan que yo era más sosegado y tranquilo. Después, con el tiempo, yo siempre fui catando unas y otras salsas, muchas disciplinas, innumerables experiencias, impulsado por mi gran curiosidad. Luis fue más constante en su entusiasmo por las lenguas clásicas y se convirtió en el gran maestro de muchas generaciones y de mí mismo...

Ambos terminaron el bachillerato en el instituto que fuera convento de Santa Clara, al que don Ángel rendiría homenaje más tarde al publicar su libro sobre el *Monasterio de las Clarisas de la Purísima Concepción*. En 1910 ingresó en la Facultad de Medicina de Valencia.

—Eran momentos en los que resplandecía Lo Rat Penat y a mí me deslumbró el palpito cotidiano con la obra y la vida de Teodoro Llorente, el primer valenciano que consideró como idioma común el hablado en Rosellón, Cataluña, Valencia y Baleares.

Acabó la carrera y se doctoró en 1918. Su tesis versó sobre las Epidemias, pero lo que más eco tuvo en España fueron sus trabajos sobre *Lo mal de Sement*, la sífilis de hoy.

En 1919, el médico analista ya había publicado en Valencia con éxito la narración *Llauradoreta* y regresó a Castellón para montar su laboratorio e integrarse en las inquietudes culturales que alentaba un pequeño grupo de personas en torno a **Ricardo Carreras** y **Salvador Guinot**, con el que después sería alcalde, **Juan Carbó Doménech**. Los tres captaron y entusiasmaron a los jóvenes **Luis Revest** y **Ángel Sánchez Gozalbo** y crearon la Sociedad Castellonense de Cultura, lanzando al mundo su primer *Boletín* en 1920.

—Contemplado ahora, ¿qué valoración podríamos hacer de aquello, don Ángel?

—Rayó en lo milagroso el hecho de que en una ciudad agrícola, de reducido vecindario, viera la luz y haya logrado tener tantos años de existencia una publicación tan considerada como es el *Boletín* y como son todas las demás obras de la Sociedad, que de hecho se ha relacionado desde Castellón con gentes e instituciones de todo el mundo.

Correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes, don Ángel lo ha sido todo en Castellón. Diputado provincial, dos veces Concejal, presidente del Ateneo, del Colegio de Médicos, del Casino, de la Caja de Ahorros - *mi misión principal era no estorbar la buena marcha de la Caja*-, administrador permanente de la Castellonense, autor de innumerables trabajos científicos y literarios...

Y pilar fundamental en la Conservación del Museo de Bellas Artes, Cronista Oficial de la Ciudad, cabeza serena y ponderada de todos los jurados, premios y certámenes. Con el profesor **Joseph Gulsoy** y la Universidad de Chicago fue impulsor del famoso Diccionario Valenciano de Sanelo.

Firmante de Les Normes de Castelló, todavía recibió en la década de los ochenta la más alta distinción de carácter cultural de la Generalitat Valenciana y la Creu de Sant Jordi de Cataluña, cuando acababa de publicar el último libro de sus investigaciones, sus sueños y sus íntimos amores: *Inventarios del Santuario de Nuestra Señora del Lledó*. Sus suspiros por su Mare de Déu, guía de sus días vividos y sus noches soñadas.

—Com ens atrau, ens ampara i guia! Quina força té, tan xicoteta...!

EL RECUADRO

Según Traver Tomás, la plaza de Santa Clara, además de refugio antiaéreo, ha albergado un monasterio, un hospital, el famoso instituto de Segunda Enseñanza y, dos o tres siglos antes, un convento de monjas clarisas, convertido “en retiro escogido de las doncellas de nuestras principales familias”. En mis paseos por la calle Mayor y la propia plaza, oigo todavía “el suspiro de las doncellas” que, a través del ventano de sus celdas y salvando el paso del tiempo que me hace recordar mis días vividos y mis noches soñadas, me habla de seres humanos de Castellón.